

se hicieron los salvajes entre ellos mismos, fué disminuir por todas partes su poblacion. Debitáronse diferentes tribus, y sus restos se incorporaron á la nacion victoriosa; otros desaparecieron enteramente y no dejaron mas huellas que el mismo nombre de la comarca que habian habitado. No tenemos necesidad de seguir la marcha, las vicisitudes, la filiacion de todos aquellos pueblos, sobre cuyo orijen no podríamos recordar mas que vagas y oscuras tradiciones; mas cuando estas tribus tocan á su decadencia, sus anales, como contemporaneos de nuestra historia, no pueden pasarse en silencio, puesto que nos minifistian por qué grados se han debilitado las naciones que los Europeos hallaron en el Nuevo Mundo. Ya hemos notado anteriormente las naciones que tuvieron con ellos las primeras relaciones de paz ó de guerra, porque ellas estaban mas inmediatas al Atlántico, al rio San Lorenzo ó á los grandes lagos. Otras naciones mas meridionales fueron en seguida enclavadas entre la Luisiana, las Floridas y las posesiones inglesas: eran estas las de los Natchez, los Chikasaws, los Choctaws, los Creeks y los Cherokees.

Los Natchez y los Chikasaws habian en primer lugar ocupado las orillas occidentales del Misisipi; mas antes de la época de la espedicion de Fernando de Soto, habian atravesado ya este rio, y se estendian entre la embocadura del Ohio y del golfo de Méjico. Al oriente de estas dos naciones se hallaban colocados los Choctaws, cuyo territorio se prolongaba hasta las márgenes del Coosa; y al otro lado de este rio habitaban los Muscogulos, mas conocidos bajo la denominacion de Creeks, cuyo nombre habian tomado del gran número de lagos, arroyos y rios que bañaban su pais: su nacion se habia formado de diferentes tribus reunidas por la comunidad de intereses, ó que se habian incorporado con ellos despues de sus victorias. Los Creeks ocupaban las vertientes meridionales de los Apalaches, y los Cherokees se habian establecidos en las rejiones

mas elevadas de aquellas montañas y en las vertientes orientales.

Las guerras que aquellas naciones se hacian entre ellas no podian ocasionar ningun cambio en su situacion social; por todas partes habia la misma barbarie, y el vencedor no imponia leyes ni costumbres nuevas: podian cambiar los nombres de los pueblos, pero los hombres conservaban un carácter invariable. No pudo esperarse algunas modificaciones en sus costumbres hasta la época en que los Europeos se hallaron en contacto con ellos y quisieron asociarlos á sus propias contiendas. Los Ingleses, los Españoles, los Franceses se manifestaron igualmente dispuestos á procurarse la alianza de las naciones indias: de esto resultaron operaciones comunes durante la guerra, y relaciones frecuentes de comercio durante la paz. Este último estado, que era el mas habitual, era asimismo el único que podian aprovechar para mejorar la suerte de los Indios, dulcificar sus costumbres, aficionarlos á la agricultura, y utilizar mejor sus socorros. Mas, preciso es confesarlo, la santidad de una mision tan elevada no fué comprendida, y el comercio con los salvajes fué el manantial de las especulaciones mas criminales. Notemieron degradar aquellos hombres sencillos abusando de su inclinacion á los licores fuertes: por este medio embrutecian su razon; la borrachera se convertia en furor; exaltaba todavía mas el espíritu de venganza y la ferocidad; se hicieron mas frecuentes las causas de la guerra y del estermio, y el contajo de nuestras sociedades no hizo mas que desarrollar los vicios que habrian debido reprimir.

De este modo, aunque los Europeos buscasen auxiliares entre los salvajes, en las guerras que se hacian entre ellos, debieron advertir bien pronto que no era aquel el medio de obtener una verdadera fuerza: era preciso buscarla en la constitucion misma de las colonias; y la ventaja de aquellas luchas rivales debia por último quedar á favor de los paises mas poblados, mejor administrados, y socorridos con mas constancia por

su metrópoli. Los establecimientos que la Gran Bretaña habia formado en América gozaron desde un principio de una gran superioridad de organizacion; y aunque no los hubiese formado el gobierno mismo, los protejió constantemente de un modo muy eficaz. La diferencia de su orijen politico, religioso y comercial habia ocasionado una gran variedad en las formas de sus constituciones; pero hemos visto que despues de haberse dividido en muchos cuerpos, habian olvidado sus animosidades personales. Y en efecto, la situacion de todos los partidos no era ya, como en Europa, una causa de guerra civil: no tenian que disputarse el poder, cada uno de ellos constituia una sociedad distinta; las colonias se habian levantado unas cerca de otras, iguales en derechos y en dignidad. Despues de haberse aproximado para socorrerse mutuamente, reconocieron que era necesario modificar su primera organizacion, y buscando un nuevo centro de union, se pusieron de un modo mas inmediato bajo la proteccion de la corona, que no desperdició la ocasion de ejercer sus derechos de soberanía en toda su plenitud.

Hacia ya muchos años que entraba en las miras del gobierno británico la intencion de suprimir las cartas de las colonias. No habia tenido necesidad de cargarse con los gastos de su establecimiento; pero lo que en un principio solo habia sido un objeto de especulacion privada fué puesto en el primer rango de los intereses públicos, cuando vieron que iba en aumento la prosperidad de aquellas colonias. Las de Massachusett, de Connecticut, de Rhode-Island consintieron, en 1683, entregar á Carlos II las cartas que habian obtenido de la compañía de Plymouth: el Nuevo-Hampshire y el Maine hicieron igualmente cesion de sus privilejios; y la administracion de Nueva York se halló devuelta á la corona, cuando el duque de York, á quien pertenecia, subió al trono bajo el nombre de Jacobo II. Iguales cambios sufrieron asimismo las colonias mas meridionales: la de

Virginia dependia del rey desde la disolucion de la compañía de Lóndres, en 1626, y los propietarios del Nuevo Jersey, del Delaware, del Mariland renunciaron sucesivamente á unos derechos que ya no se hallaban en estado de defender por sí mismos. Su número se habia acrecentado por efecto de las divisiones de herencia ó de algunas cesiones voluntarias; estas particiones habian multiplicado entre ellos los motivos de litigio, y se hallaban interesados en dejar al gobierno las penibles cargas de la soberanía.

Todas estas renunciaciones particulares forman en la historia de las colonias inglesas una época notable: ellas permitieron á la metrópoli seguir un sistema mas uniforme en su alta administracion, sin tocar sin embargo á las instituciones locales que parecian convenir á su situacion. Cada colonia continuó administrándose á su antojo; pero todas dependieron igualmente de la autoridad suprema que las habia tomado bajo su proteccion; de este modo hubo jurisdicciones particulares y leyes comunes que pudieron ponerse de acuerdo: las unas rejian cada estado considerado separadamente; las otras determinaban las relaciones que debian tener todos los miembros de la asociacion, tanto entre ellos, como con la metrópoli.

Para desarrollar con mas libertad los progresos de sus colonias, concibió el gobierno británico el proyecto de hacerlas gozar de los beneficios de la neutralidad; la Francia tenia en ello el mismo interés; ambas potencias querian asegurar á los habitantes de las islas y del continente de América los medios de hacer el comercio y de cultivar las tierras sin interrupcion; y este convenio fué firmado en Lóndres, el 16 de noviembre de 1686, por Barillon, embajador de Francia; mas no fué observado. Los Iroqueses, muy á menudo en guerra con el Canadá, continuaban siendo protejidos por las colonias inglesas, las cuales les surtian de armas y municiones; y este agravio fué uno de los muchos que, en 1689, determinaron un nuevo rompimiento.

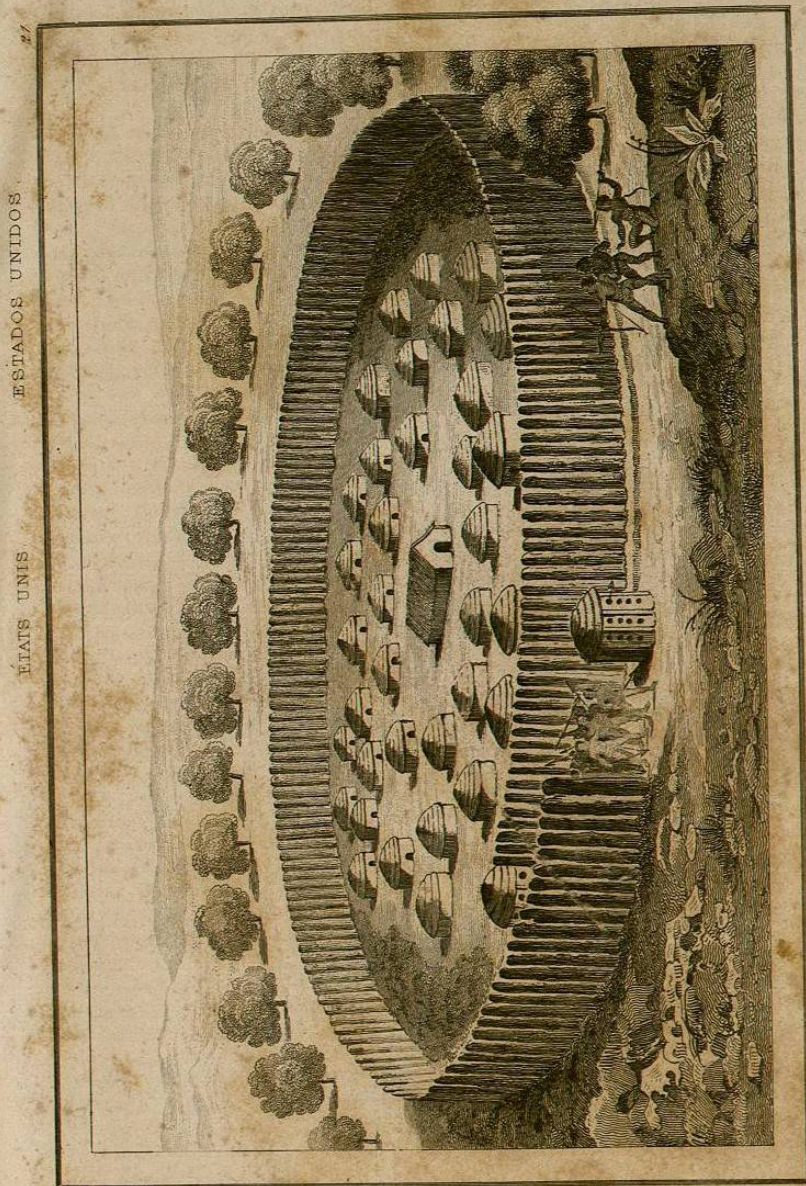
Abandonóse entonces todo proyecto de neutralidad colonial: el gobernador del Canadá hasta quiso tentar una invasión en la colonia de Nueva York; mas una irrupción de los Iroqueses en la isla de Mont-Real, en la que cometieron sangrientas devastaciones, hizo abandonar aquella empresa. El gobierno hizo atacar inmediatamente los establecimientos ingleses sobre tres puntos diferentes. En el mes de febrero de 1690, partió de Mont-Real un primer cuerpo, y fué á destruir el fuerte de Corlar, cerca de Albany; otros dos destacamentos partieron igualmente, el uno de los Tres Rios y el otro de Quebec: el primero avanzó hasta Sementel sobre el Merimack, el segundo siguió el curso del Kinibequi y fué á apoderarse de Casco-Bay. Estas incursiones momentaneas, en un país en donde ni aun se trataba de mantenerse, no podían tener ningún resultado importante. William Phibs, que mandaba una escuadra inglesa en los parajes de la Nueva Inglaterra, no habiendo podido socorrer á Casco-Bay, se apresuró á dirigir sus fuerzas hacia la Acadia, que se hallaba entonces enteramente desprovista de tropas y municiones; ocupó sucesivamente Puerto Real, la bahía de la Heva y la de Chedabouctow; y estas primeras ventajas determinaron á las colonias inglesas á emprender contra el Canadá una expedición por mar y tierra. Un cuerpo de tres mil hombres, Ingleses ó Iroqueses, debía avanzar hacia el norte entre los lagos Champlain y Ontario, para ir á atacar á Mont-Real, mientras que una flota de treinta y cuatro velas, á las órdenes de William Phibs, subiría el río San Lorenzo, y llegarían delante de Quebec. El primer cuerpo se puso en marcha; pero los estragos que hicieron las viruelas entre los Indios los acobardaron, y se dispersó todo cuanto pudo escapar de aquella plaga. El 16 de octubre se presentó la escuadra inglesa delante de Quebec; desembarcó cerca de la plaza, fué hostigada por frecuentes salidas, tuvo, durante muchos días, combates ventajosos, y el 22 de octubre se vió forzada á levantar el si-

tio. William Phibs se volvió á la entrada del golfo San Lorenzo, donde esperiméntó una violenta tempestad, que consumió la ruina de aquella expedición.

El gobernador general de la Nueva Inglaterra renovó entonces la proposición de observar la neutralidad, apesar de la guerra que traía revuelta á la Europa; mas Frontenac añadió unas condiciones que no querían aceptar. La Acadia continuó siendo el teatro de las hostilidades, y en 1691, fueron atacados sus principales fuertes por el caballero Villebon, el cual volvió á tomar posesión de ellos en nombre de la Francia.

Sería superfluo traer á la memoria las expediciones particulares que se ensayaron por ambas partes sobre diferentes puntos de las colonias: sería cargarse la memoria con acontecimientos que se olvidarian; pero debemos citar algunos hechos de armas en los que tomaron una parte gloriosa Iberville y sus hermanos. Este oficial se señaló á su vez en las guerras de la Acadia, de Terranova y de la bahía de Hudson, durante las últimas campañas que precedieron la paz de Ryswick. Despues de haber vuelto á tomar, en 1695, algunos de los fuertes de la bahía de Fundy, estuvo encargado de una expedición sobre la costa oriental de Terranova, concurrió á la toma del puerto San John y de la mayor parte de los demás puestos que ocupaban los Ingleses en aquella isla, y partió en seguida para la bahía de Hudson, donde aumentó su nombradía como oficial de mar y tierra. El navío que montaba habiendo sido separado de la escuadra de que hacia parte, encontró otros tres navíos enemigos: echó á fondo al primero, se apoderó del segundo, y persiguió durante mucho tiempo al tercero. El mismo naufragó al día siguiente en medio de una horrible tempestad; pero pudo llegar á tierra con su equipaje: reuniéronsele los demás navíos, y se apoderó del fuerte Nelson, que era el primer establecimiento en aquellos parajes.

La vuelta de la paz, que fué firmado en Riswick, el 20 de setiembre de



ESTADOS UNIDOS.

ETATS UNIS.

Village Indio.

Village Indian.

ÉTATS UNIS.

ESTADOS UNIDOS.

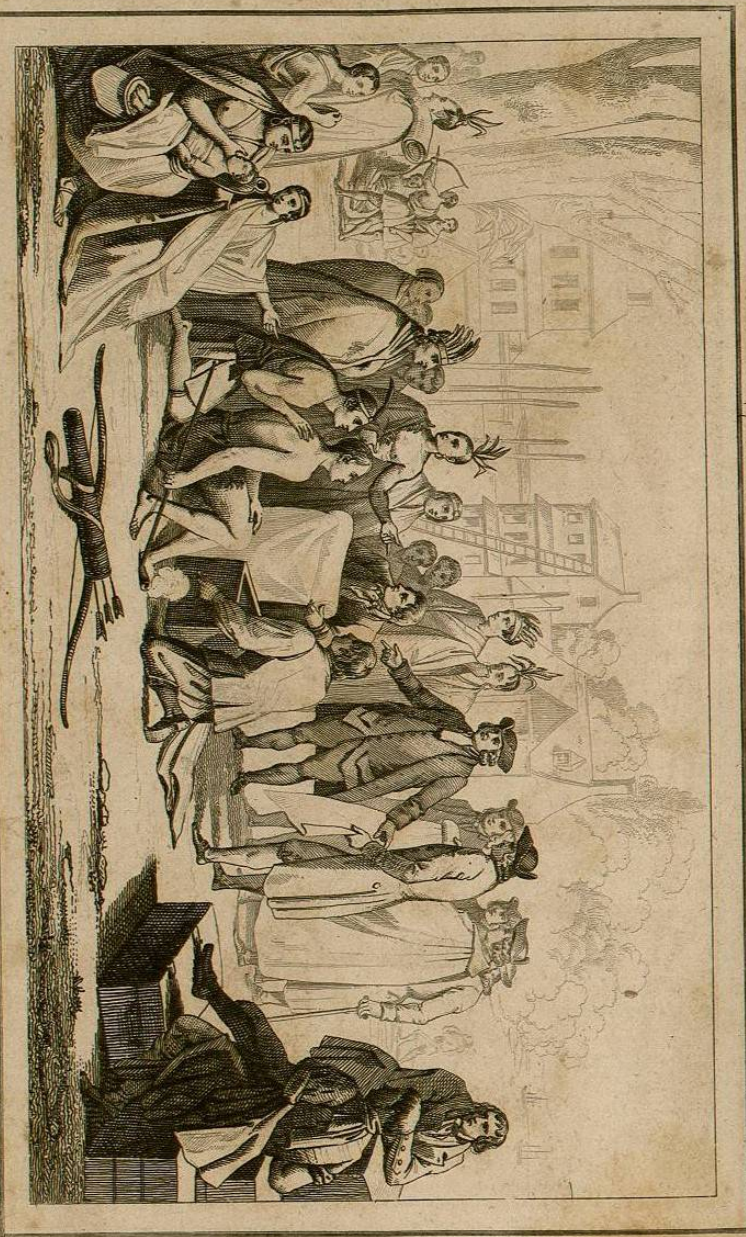


*Indes occidentales*

Mechas incendiarias.

ÉTATS UNIS.

ESTADOS UNIDOS.



*Guillaume Bonn marchand sa femme et ses Sauvages.*  
Guillemo Bonn comprando Hierro a los Salvages.



Vista al rededor del Arcego

Vista al rededor del Arcego

1697, ofrecia al celo y aljenio de Iberville nuevas ocasiones de servir á su país. Quedaba aun que continuar los descubrimientos principiados en la Luisiana, y reconocer por mar la embocadura del Misisipi. Vuelto á Francia Iberville, propuso al gobierno aquella espedicion, y tuvo el encargo de ella. El 17 de octubre de 1698 salieron de Rochefort dos navíos con direccion á Santo Domingo; fondearon en el Cabo-Francés se volvieron á hacer á la vela el 1.º de enero siguiente, y se dirigieron hácia la bahía de Panzacola, donde hacia algunos meses acababa de formarse un establecimiento español. En seguida reconoció Iberville la bahía de la Mobila, la isla Delfina, el rio de Pascagoula, la bahía de Biloxi, y dirigiéndose hácia el sudeste, llegó el 2 de marzo de 1698 á la embocadura del Misisipi, subiendo su corriente. No tardó este oficial en adquirir la prueba que habia llegado al término de sus descubrimientos. Una carta que Tonti habia dirigido trece años hacia á La Sale, gobernador de la Luisiana, habia caído entre las manos de un jefe indio, de lo que Iberville tuvo conocimiento: dicha carta recordaba las circunstancias de aquel viaje, las relaciones amistosas que habian tenido con los naturales del país, y las señales erijidas sucesivamente por La Sale y Tonti, para justificar el término de sus descubrimientos.

Despues de una larga navegacion en la madre inferior del Misisipi, se entra en el canal natural de declinacion que recibió entónces el nombre de Iberville: este oficial siguió la corriente; llegó sucesivamente á los lagos de Maurepas y de Pontchartrain, y volvió á la bahía de Biloxi, donde erigió un fuerte que durante algunos años fué el centro de los establecimientos franceses de la Luisiana.

Ya hemos llegado á la época en que las posesiones de la Francia en América tenian la mayor estension. La adquisicion de la Luisiana abria nuevos recursos: por todas partes circulaban en ellas rios navegables, y el gran rio al cual se reunian venia á ser el centro del movimiento que anima-

ba toda la colonia. Mas para poner en valor aquel territorio, era preciso en primer lugar dotarle de habitantes. Un gran número de religionarios franceses, que se habian espatriado á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes, pidieron el permiso para ir á la Luisiana, con tal que pudiesen gozar en ella de la libertad de conciencia. Presentábase una ocasion favorable para expiar un gran acto de intolerancia; pero tuvieron el rigor impolitico de negársele, aunque pudieron guiarse por el ejemplo de la Inglaterra, que debia á los disidentes los primeros progresos de sus establecimientos en el Nuevo Mundo.

Otras causas paralizaron la prosperidad de la Luisiana: equivocáronse sobre el sitio donde debia construirse su capital, y cambiaron muchas veces antes de decidirse por la situacion que mejor les pareció. Escojiendo una posicion central entre la bahía de la Mobila y el Misisipi, se tuvo la idea de dar dos grandes salidas al comercio marítimo de la Luisiana, de hallarse inmediato el uno del otro, y de establecer entre ellas comunicaciones habituales por el rio de Iberville, y por los estrechos que una continuacion de islas bajas y arenosas hace reinar á lo largo del litoral, desde el lago Pontchartrain hasta la Mobila. Mas las orillas de la bahía del Biloxi, en las que formaron un primer establecimiento, no favorecian ni el cultivo ni el comercio: se hallan cubiertas de una arena fina y movediza, donde no crecen mas que pinos y cedros; allí ensayaron la siembra de algunos granos, que descubrieron los vientos y secó el ardor del cielo. Ningun rio desaguaba en esta bahía, ni por consiguiente facilitaba las comunicaciones con el interior de la comarca. Las primeras familias que trasportaron á aquellas playas estériles consumieron en poco tiempo las provisiones que habian llevado en los navíos; era preciso renovarlas á cada instante: aquella tierra lo devoraba todo sin producir cosa alguna, y no podia obtenerse de las tribus indias mas que recursos insuficientes y momentaneos. No te-

nian otros medios de subsistencia que los de la caza y la pesca; las arribadas por mar eran difíciles algunas veces; la bahía del Biloxi se abría á los vientos del sur; el anclaje de la rada era malo, y los navíos no tenían abrigo seguro en la rada de la isla Surgere, que recibió igualmente el nombre de isla de los Navíos; mas no hallaron en ella mas que un fondeadero de quince piés. Toda aquella costa es baja por lo regular; tiene una pendiente tan débil, que los grandes navíos no pueden aproximarse á ella sino á la distancia de muchas millas, escepto algunos pasos donde es preciso ir con mucha precaucion.

No tardó Iberville en reconocer que era preferible el sitio de la Mobila; construyó en él un fuerte y se abandonó el del Biloxi. Este era un nuevo ensayo de establecimiento; pero la bahía tenía muy poco fondo; no se podía navegar en ella mas que con pequeñas embarcaciones; y se prefirió. en 1702, la situacion de la isla Delfina, colocada al mediodía de aquella bahía; construyéronse en ella almacenes y cuarteles, y aquel sitio llegó á ser el cuartel jeneral de la colonia. Esta isla era menos arenosa que la playa del continente; podían cultivarse en ella el maiz, el arroz, algunos árboles frutales, la higuera sobre todo; encontrábanse allí, como en la isla Surgera, robles, pinos, abetos, á propósito para construir casas ó para arboladuras de navíos. Aproximándose á los límites orientales el primer establecimiento marítimo de la Luisiana, no había sin embargo Iberville perdido de vista las orillas del Misisipi: había hecho construir cerca de su embocadura el fuerte de la Balisa; había reconocido el río, y había marcado en el país de los Natchez la plaza del fuerte Rosalía que construyeron mas adelante. Este oficial hizo muchos viajes á Francia para interesar al gobierno en la suerte de la colonia: era obra suya, la consagró todos sus desvelos; y su nombre se pronunciará siempre de un modo honroso en los primeros fastos de esta historia.

Otros hombres secundaban miras tan elevadas: Juchereau de San Denis

y le Sueur hicieron muchos reconocimientos á lo largo del gran río y de sus principales afluentes; uno de ellos subió el río Encarnado hasta los Natchitoches, donde formó un establecimiento; el otro se elevó hácia el norte hasta las llanuras del río San Pedro, donde el viajero Nicolás Perrot había descubierto anteriormente una mina de cobre; estableciéronse relaciones amistosas con los habitantes de los países nuevamente descubiertos, y se dedicaron particularmente en cultivar la amistad de los Illineses, quienes, hallándose colocados entre el Canadá y la Luisiana, eran mas útiles para las relaciones de ambas comarcas. Tonti mandaba en este país intermediario; y su habilidad, ilustrada por una gran experiencia, mantuvo las buenas disposiciones de los Indios hácia los Franceses.

Callieres, nombrado gobernador del Canadá, se hallaba animado del mismo espíritu de conciliacion. No se contentó con establecer relaciones amistosas con las naciones indígenas; quiso tambien que se aproximasen unas á otras las que habían sido aliadas de la Francia ó de la Gran Bretaña durante la última guerra. Los diputados de los Ottowais, de los Abenakis, de los Iroqueses y del pequeño número de tribus huronas que se libertaron de los desastres de su nacion, fueron á Mont-Real y concluyeron la paz, con la mediacion del gobernador. Callieres tenía el proyecto de jeneralizar mas aquel plan de pacificacion: envió oficiales ó misioneros á las demás naciones salvajes para prevenir las hostilidades que iban á estallar en muchos puntos, y sus diputados se reunieron en Mont-Real el 1.º de agosto de 1701, regresando los de la asamblea anterior. Allí encontró igualmente los Algonquinos, los Miamis, los Sackes, los Illineses, los Outagamis y demás guerreros de os numerosos pueblos dispersos bajo diferentes nombres, al norte y al mediodía de los grandes lagos.

El Indio que mas había contribuido á aquella conciliacion de todas las tribus era *Le-Rat*, orador y jefe de los Hurones, hombre notable por su

valor, por su prudencia y por aquella elocuencia viva, natural y persuasiva, que se dirige alternativamente á la imaginacion y á la razon. Este salvaje se había hecho cristiano; era adicto á la Francia; pero jamás abandonó los intereses de su nacion y los de todos los hombres rojos: todo su ahinco se cifraba entonces en reconciliarlos, y este acto debía coronar su vida, señalada con un gran número de hazañas militares. Los esfuerzos que él hizo para conciliar todas las opiniones debilitaron por último sus fuerzas; se desmayó en medio de una arenga; y cuando volvió á tomar conocimiento, exhortó de nuevo á todas las naciones indias á vivir en paz: parecia reanimarse para pintarles las desgracias de sus divisiones; y habiéndole fatigado todavia mas su emocion, volvió á caer desfallecido y fué trasportado al Hotel-Dieu, donde espiró en la noche. Su muerte causó una afliccion jeneral; le hicieron todos los honores militares debidos á su rango y servicios: seis jefes de guerra llevaron su féretro, sobre el cual depositaron sus armas y sus insignias militares. Los Indios, los Franceses y el gobernador del Canadá asistieron á sus funerales.

Algunos dias despues hubo una nueva reunion: concurrieron á ella mil y trescientos salvajes. Callieres les declaró que había deseado reunirlos, para quitarles la hacha de las manos y para invitarles á que le abandonasen el cuidado de sus intereses, y le nombrasen árbitro de todas sus contiendas. Su discurso les fué interpretado en cada una de sus lenguas, y en el mismo dia fué concluido un tratado de paz por treinta y ocho diputados indios. En testimonio de autenticidad se revistió aquel acto con diferentes signos que caracterizaban todas aquellas naciones, y que eran para ellos unas especies de símbolos, tales como un oso, un castor, una zorra, una liebre, un búfalo. Trájose el calumete de paz, donde el gobernador y todos los diputados fumaron á su vez; la espada y el tomahac fueron sepultados en la tierra; se cantó el *Te Deum*, se distribuye-

ron los regalos del rey de Francia, y todas las tribus se prometieron mutuamente dar libertad á los prisioneros que habían hecho.

Mas no tardó el Canadá en perder el gobernador que había tenido la gloria de pacificar á los Indios. Su administracion solo había durado cuatro años: una política tan sabia debe hacerla recomendable para siempre. Era hacer desempeñar á la Francia un papel jeneroso el desarmar el furor de los salvajes; la multiplicidad, la crueldad de sus guerras aceleraban la destruccion de sus tribus; haciéndose conciliador de sus disputas, había motivado para esperar que se dulcificarían sus costumbres. Los Indios miraban al gobernador del Canadá como á su propio padre; le daban este título, siempre respetado entre ellos, y de este modo consagraban su preeminencia y autoridad sobre todas sus tribus.

Para hacer mas duradera la paz que acababa de restablecerse entre los indígenas, hubiera sido prudente no emplearlos como auxiliares en las guerras que los Europeos se hacian entre ellos; tomar algunas tribus por aliadas, era hacerlas enemigas de las que servían en el partido opuesto. Esta reserva no fué bastante observada durante la guerra de la sucesion; la Inglaterra entraba en el número de los enemigos de la Francia, y las hostilidades de ambas potencias en Europa estallaron muy pronto entre sus colonias de América.

James Moore, gobernador de la Carolina del Sur, fué el que dió la primera señal, hácia fines de 1702, el mismo que ensayó una expedicion en la Florida contra el establecimiento español de San Agustin. Seiscientos hombres de la milicia y seiscientos Indios fueron encargados de aquella empresa. El Broad-River, donde en otro tiempo habían querido fundar una colonia francesa, era el punto de su reunion, y una parte de las tropas se encaminó en seguida por tierra hácia San Agustin, mientras que el gobernador debía llegar por mar y bloquear la entrada del puerto.

La ciudad, que estaba abierta, fué ocupada sin el menor obstáculo; mas la guarnicion española se retiró al fuerte que ya de antemano se habia puesto en estado de defensa. Los Ingleses hubieron de esperar la artillería que habian pedido á la Jamáica para abrir la brecha; y antes que pudiesen recibirla, la llegada inesperada de dos navíos españoles que llevaban nuevos socorros á la plaza les hicieron levantar el sitio con gran precipitacion.

Charleston, de donde habia salido la expedicion inglesa, se vió espuesto á su vez á una invasion cuyo plan habia sido concertado en la Habana, en 1703. Las señales ó vijías de la isla de Sullivan anunciaron la aproximacion de cinco navíos franceses, mandados por Lefebvre. Esta flotilla navegaba con precaucion hácia la entrada de la bahía; era necesario pasar la barra; quisose tomar el tiempo de sondearla y difirióse el desembarco hasta el dia siguiente. Nathaniel Johnson, que era entonces gobernador de la Carolina, se aprovechó de aquella dilacion; hizo llegar durante la noche todas las tropas de la milicia y todos los Indios de que podia disponer, y con esto se halló perdida la ocasion de sorprender la plaza. Ni aun se principió el sitio: solo hubo algunas escaramuzas en la playa, los forrajeadores cometieron en ella algunos estragos, y habiéndolos rechazado á bordo de la escuadra una fuerza superior, volvieron á dirigirse á alta mar.

Estas empresas parciales y sin ningun resultado eran el preludio de hostilidades mas graves. El fuego de la guerra cundió rápidamente del mediodía al norte de las colonias inglesas. Allí era donde la Francia y la Inglaterra, cuyas posesiones estaban inmediatas unas de otras, podian hallar, en un gran número de puntos, la desgraciada facilidad de dañarse; allí era igualmente donde sus relaciones con los Indios debian ejercer mayor influencia sobre los acontecimientos.

Los Iroqueses manifestaron, en 1703, á Vaudreuil, nuevo goberna-

dor del Canadá, la intencion en que se hallaban de permanecer neutros: así lo hicieron efectivamente; y para no turbar la paz de su territorio, evitó Vaudreuil hacer ninguna demostracion militar por el lado de sus cantones. Mas no animó igualmente á los Abenakis para que permaneciesen neutros; les envió algunos socorros, cuando hicieron sus incursiones en las colonias inglesas; y pudo mirarse la parte que tomaron en esta guerra como una nueva causa de irritacion, cuyos resultados fueron funestos á las colonias de la Francia. Viendo la Inglaterra sus posesiones constantemente atacadas por la nacion india, que era la aliada mas fiel de sus enemigos, se aferró con mas ahinco en el proyecto de subyugar á los Abenakis, y de conquistar la Acadia, que se hallaba demasiado distante del Canadá para ser socorrida con prontitud.

El 2 de julio de 1704, se presentó en la ensenada de Puerto Real una escuadra inglesa de diez navíos, que llegaban de Boston; desembarcaron las tropas, intimaron la rendicion de la plaza, é hicieron muchas incursiones en la campiña, mientras que una escuadra, penetrando mas en la bahía de Fundy, se dirijia á Beau-Bassin para operar una diversion y hacer algun botin en el barrio de las Minas. Hubo en esta invasion muchos encuentros en los que los Franceses salieron victoriosos, y el enemigo se volvió á embarcar el 21 del mismo mes.

En 1707, el gobernador jeneral de la Nueva Inglaterra, Dudley, formó dos expediciones mas temibles. Una flota de veinte y cuatro embarcaciones, mandada por el coronel Mark, se presentó, el 6 de junio, á la vista de Puerto Real. Llevaba á bordo tres mil hombres que invistieron la fortaleza. El 10 se abrió la brecha, y algunos dias despues se disponian á dar el asalto; pero la brecha no era practicable, y las pérdidas que sufrió el enemigo en varios encuentros le decidieron á hacerse á la vela, despues de haber robado los ganados y de haber quemado las habitaciones que se hallaban fuera de la plaza.

Despues de esta tentativa infructuosa, se retiró la flota á Casco-Bay, donde se aumentó inmediatamente con tres navíos y seiscientos hombres. El gobierno de la Nueva Inglaterra se hacia un punto de honor en reparar aquel descalabro, y el 20 de agosto del mismo año volvió á presentarse su escuadra en el fondeadero de Puerto Real. Subercase, gobernador de Acadia, habia hecho levantar ya el primer sitio. Redobló en actividad y vijilancia, hizo desalojar tres veces al enemigo de sus posiciones al rededor de la plaza, le sorprendió en sus marchas, hostigó sus destacamentos, y doce dias despues le forzó á volverse á embarcar.

Entristeció profundamente á Boston un revés que de ningun modo esperaba. Las fuerzas que habia empleado la Nueva Inglaterra eran muy superiores á las de la Acadia. Creíanse asegurados del éxito: por otra parte se sabia que la reina Ana tenia un gran interés en aquella conquista, que miraba como necesaria para la seguridad de sus colonias, y de la que deseaba apoderarse, á cualquier precio, considerando su posicion de una gran importancia. Los habitantes de la Acadia por su parte se disponian para un nuevo ataque, y Subercase previno de ello á su gobierno; pero eran entonces tales las calamidades públicas en Francia, que no pudieron enviar á la Acadia ningun socorro. Sin embargo, apesar de que aquella colonia se hallaba reducida á sus propios recursos, esperaba hacer frente á la tempestad, y animaba á sus habitantes. Subercase, antes de ser gobernador, habia llenado las mismas funciones en la isla de Terranova, donde el puerto de Plasencia era la capital de los establecimientos franceses, habiéndose señalado allí, en 1705, por una feliz expedicion, no habiendo dejado á los Ingleses mas que el fuerte Saint-John. Mejor éxito tuvo una nueva empresa, hecha durante el invierno de 1709. Un destacamento que salió de Plasencia abanzó con tanta audacia como intrepidez hasta aquella fortaleza, que

fué tomada con escalas. Hubiéranse podido mantener en ella; pero habia tan pocas tropas en la isla de Terranova, que el gobernador temió debilitarlas diseminándolas. Prefirió destruir el fuerte Saint-John mas bien que ocuparle; y lo que podia ser una conquista no fué mas que un hecho de armas valiente y sin resultado. La Inglaterra pudo volver á tomar á su placer y sin disparar un tiro las posiciones que habia perdido. Hasta habia formado entonces el proyecto de invadir el Canadá; y una armada naval equipada, bien fuese en América ó en Inglaterra, debia secundar las tropas de tierra, salidas de las colonias inglesas. Pero Vaudreuil, gobernador del Canadá, habia tomado todas las medidas conducentes para cubrir los puntos amenazados. La expedicion de tierra se malogró, y la escuadra que debia enviarse al rio San Lorenzo, recibió otro destino en Europa.

Cada año traia consigo nuevas empresas. Las colonias inglesas continuaban siendo poderosamente secundadas por su metrópoli; las de Francia por el contrario no recibian de la suya los mismos socorros; y Subercase, que estaba advertido de los nuevos proyectos de invasion formados contra la Acadia, buscaba auxiliares á su alrededor: hallábalos en los Abenakis, siempre dispuestos á renovar sus incursiones contra los Ingleses; tambien los hallaba en los forbantes ó piratas animándolos en sus correrías; pero atrayéndose aquellos aventureros marítimos, y abrigándolos en los puertos de la colonia, se esponia á mayores peligros todavia. El gobierno marítimo quiso apoderarse de las guaridas de los forbantes; quiso poner un término á las hostilidades que tan amenudo amenazaban la Nueva Inglaterra; y se encargó, en 1710, á un ejército naval una expedicion contra la Acadia: dicho ejército estaba bajo las órdenes de Nicollion, y cincuenta y una embarcaciones de todos tamaños entraron, el 5 de octubre, en la concha de Puerto Real. Llevaban á bordo tres mil y cuatrocientos hombres de tropas